

del profeta Jeremías, con esta inscripcion: *Pastori excubanti. (Al Pastor vigilante.)* El otro representaba á San Pedro con las llaves del cielo, y la inscripcion: *Claudunt et aperiunt. (Se cierran y se abren.)*

Luego que entró en la iglesia, leyó con no menos edificación todos sus deberes, representados en otros cuatro emblemas que decoraban el púlpito. Eran cuatro manos: una, que parecia salir de las nubes, arrancaba espinas y abrojos; otra, armada de un martillo, demolia una torre; la tercera edificaba una casa; y la cuarta plantaba el olivo y la viña, y al pié de cada mano, estaban escritas las palabras á que estas hacian alusion: *ut evellas, ut destruas, ut aedifices, ut plantes.*

Finalmente, entró en el coro, en cuya nave estaba suspendido un gran cuadro donde se veia á Dios Padre, rodeado de una multitud de ángeles inclinando sus miradas á la tierra, y debajo se leian estas palabras, que el santo pronunció con toda la efusion de su alma: *Fiat manus tua super virum dextere tuae*, es decir: «Que vuestra mano, Señor, sostenga al hombre de vuestra diestra.»

Por último, llegado al santuario se postró ante el Santísimo Sacramento, que adoró algunos instantes, fué á besar el altar, vino luego á sentarse en el trono episcopal, donde tuvo que oír un discurso en su alabanza, que pronunció desde el púlpito el doctor Nouvelles; para conclusion, el canto del *Te Deum* y la bendicion terminaron esta hermosa ceremonia, que colmó de dicha á toda la ciudad (1).

(1) Carlos Aug., p. 281 y sig.—Juan de San Francisco, p. 175.

## LIBRO IV.

Desde el principio de su episcopado en 1602, hasta la fundacion de la orden de la Visitacion en 1610.

### CAPITULO I.

Francisco de Sales organiza su casa episcopal, y continúa como antes su vida apostólica.

(Años 1602 y 1603.)

La impresion tan profunda que habia hecho en el alma de Francisco de Sales la ceremonia de su consagracion, no fué pasajera. Durante cuarenta dias enteros permaneció presente en el fondo de su corazon, siempre igualmente viva y penetrante, sin alterar, sin embargo, esa paz íntima, que es el sello de la accion de Dios en un alma; y como el exterior se modela por el interior, cuyo reflejo es, se notaba en toda su persona una majestad dulce, que movia á la veneracion y al amor, una dignidad en todas sus acciones que demostraba cuánto se respetaba él mismo, y cuánto le confundia la eleccion de su carácter episcopal. No miraba las insignias, sino como emblemas augustos y sagrados, que se consideraba muy indigno de llevar; no las tocaba sino con un sentimiento religioso; á veces le bastaba verlas para abismarse en la humildad mas profunda, ó para elevarse á los mas altos pensamientos (1). A su vista recordaba que no debia vivir sino para Dios y para la Iglesia, y que todos sus momentos eran para las almas que habia tomado á su cargo (2). Habiendo entrado en el episcopado, como los antiguos Padres, despues de haberlo me-

(1) Dep. de la Santa Madre de Chantal, art. 23.

(2) De Cambis, t. I, p. 441.



recido y haberlo rehusado, lo miraba no como un honor, sino como una carga; no como una elevacion, sino como obligacion de sufrir é inmolarse; no como una fortuna, sino como un lugar de sacrificio, que le obligaba á hacer una vida celestial, elevada sobre el mundo y los sentidos, segun referia él mismo algunos años mas tarde. «Despues de mi consagracion, dice (1), viniendo de enmedio de los ángeles y santos, entre los cuales habia hecho mis nuevas resoluciones, no hablaba sino como un hombre extranjero en el mundo; y aunque el bullicio haya amortiguado un poco el ardor del corazon, las resoluciones, por la gracia de Dios, han quedado.»

Bajo la inspiracion de estos sentimientos apostólicos, considerando que la casa episcopal debe ser la casa modelo en una diócesis, arregló lo que concernia á la suya de la manera mas edificante. Se dedicó primero á conformar su conducta personal al reglamento que se habia trazado en el retiro, tanto en cuanto al órden y empleo del tiempo, como en cuanto á la práctica de las virtudes y el ejercicio del celo, y para la sencillez y pobreza de todo lo que era de su uso. Teniendo particular cuidado de sostener siempre en sí el sentimiento de su dignidad, llevaba habitualmente el roquete, la esclavina y el bonete cuadrado. Si salia en medio del dia, substituia el bonete cuadrado por un sombrero con alas y cordones verdes; si tenia que defenderse de la lluvia, se ponía no solo el sombrero, sino una capa morada sobre el roquete y la esclavina; y si iba á caballo, añadia sobre la capa un paño de seda negro, que formaba una especie de estola, lo que era á la vez un símbolo de su autoridad y un apoyo para descansar su brazo derecho (2).

Este amigo sincero de la pobreza evangélica tenia para recibir á los huéspedes una habitacion adornada convenientemente, á la que llamaba la cámara del Obispo; pero su

(1) Dep. de la Santa Madre de Chantal, art. 23.

(2) El P. la Riviere, p. 360.

habitacion particular era una pequeña pieza mal iluminada, que mas parecia sepulcro que morada de un hombre; y este era, decia, el cuarto de Francisco. Su casa no era tampoco propia, sino alquilada; y cuando le instaban á que comprara un palacio episcopal: «¡Oh! no, respondia, no lo deseo; me consuela pensar que no tengo casa propia, y que su dueño me la puede quitar cuando quiera; este es un rasgo de semejanza con Jesucristo, mi dueño, que no tenia donde reposar su cabeza. Quiero morir con la gloria de no tener nada mio; esta es mi única ambicion. Diga el mundo lo que quiera, con la gracia de Dios no me apartaré de esta resolucion.» (1)

Esta casa era limpia, pero muy sencilla, y la mas estricta economía presidia á todos los gastos. La medianía de sus rentas, tanto como su fe, sus gustos, su caridad pródiga para los pobres, lo exigian así. Los bienes del obispado de Ginebra, de los cuales el senado de Saboya, por decreto de 20 de diciembre de aquel año, le dió posesion, no le producian sino una renta anual de mil escudos de oro, ó tres mil seiscientos ochenta francos, suma menos que módica para todos los gastos á los cuales tenia que hacer frente. Pero lejos de quejarse, encontraba que tenia bastante. «Mis rentas es cierto son bastante cortas, pero los apóstoles no tenian tanto, y Jesucristo era aún mas pobre. ¡Oh! pluguiese á Dios que, privándonos aún de todo lo que nos resta, pudiésemos obtener que la religion católica fuese tan libre en Ginebra como lo es en la Rochela!» (Cuando esto decia, no habia tenido lugar todavía la toma de esta ciudad por Richelieu, que restableció en ella el ejercicio de la religion católica.) «Ojalá tuviésemos siquiera una pequeña capilla; con ella bastaria para que la religion hiciera en poco tiempo grandes progresos.»

Pero un adorno mas magnífico que los vanos ornamen-

(1) Dep. de varios testigos en el proceso de la canonizacion.—*Espritu de San Francisco de Sales*, part. V, sect. II.



tos de lujo y el esplendor de las mesas, embellecía la casa episcopal, y eran las virtudes de los que la habitaban. Todo en aquella casa parecía respirar un aroma de santidad, y ofrecía á las miradas un espectáculo de religion, creyéndose ver un monasterio habitado por fervorosos cenobitas. Los vestidos de todos eran limpios, pero sencillos y modestos; sin que se notase en ellos, ni la vanidad que quiere hacerse notar, ni la superfluidad que gasta inútilmente. Las conversaciones iban siempre dirigidas por la caridad, la dulzura y la piedad; ni un asomo de queja ó de quere-lla, ni una palabra burlona, ni una broma pesada se permitió jamás allí; no habiendo nada que no tuviese un carácter digno, noble y cristiano (1).

Todas las horas del día tenían su empleo determinado, y una regla señalaba el tiempo que los unos debían emplear en los trabajos manuales, los otros en el estudio (2), y todos en los ejercicios espirituales. Desde la oración de la noche hasta el día siguiente despues de la oración, estaba mandado guardar silencio; y Miguel Favre, aquel santo sacerdote que le acompañaba á todas partes (3), declaró que un día, habiéndose dejado llevar un poco, por forma de recreación, á cantar un salmo á esta hora inusitada, fué al punto reprendido por el santo Obispo, que, saliendo de su cuarto, fué á buscarle y le dijo con dulzura: «No hagais eso, señor, que ahora no es tiempo de cantar las alabanzas de Dios.» (4)

Su casa se componía de dos sacerdotes, el uno su capellan, que le asistía en los oficios de la iglesia, el otro su intendente ó mayordomo, que cuidaba de los negocios temporales; de dos ayudas de cámara, uno para él, otro para la familia episcopal y los huéspedes; de un lacayo, de un despensero encargado del comedor y de la bodega, de un

(1) De Maupas, p. 197.

(2) La Riviere, p. 385 y 359.

(3) Manuscrito de la hermana Fichet, p. 15.

(4) Dep. de Miguel Favre.

cocinero y su ayudante, y por último, de un sordo-mudo que habia recojido por caridad; habiendo establecido como regla invariable que sus sacerdotes no le harían ningun servicio de los que corresponden á los criados, como llevar su capa ó su sombrero, pues el soberano respeto de que estaba penetrado hácia la dignidad sacerdotal, no le permitía recibir de ellos estos oficios. No tenía secretario particular, contra lo que habia establecido en su reglamento, porque, habiendo reconocido que un tercero admitido en la confianza de sus cartas quitaría la libertad á los que le escribieran, quiso mejor escribir la correspondencia por sí mismo, aunque hubiese que emplear para ello una parte de sus noches. No quiso igualmente admitir mujeres para el servicio de la casa episcopal; lejos de eso, el interior de estas estaba espresamente prohibido, sin que se las pudiese recibir mas que en la galería y en la sala contigua; á lo cual el santo prelado daba tanta importancia, que un día, instado por uno de sus amigos á confiar el cuidado de la ropa á una mujer anciana y virtuosa, por entender en esto mas que los hombres, le dió esta notable respuesta: «Estoy tan lejos de tomar una mujer á mi servicio, cualquiera que sea su edad y su virtud, que no quisiera ni aun tener á mi propia madre conmigo, en caso de que quisiera dejar el castillo de Sales; porque si la señora de Boisy es mi madre, las otras mujeres que vinieran á verla, no son mi madre.» (1)

Despues de haber establecido este bello orden en el interior de su casa, se dedicó á escojer bien los empleados públicos, con los cuales habia de compartir los trabajos del cargo pastoral, á saber: el Vicario general que debia, bajo su dirección, administrar toda la diócesis; el teniente vicario, encargado de ayudar ó reemplazar al Vicario general; el visitador, juez de los negocios contenciosos; el procurador fiscal, que tenia encargo de proseguir estos negocios y al mismo tiempo sostener los derechos de la Igle-

(1) Carlos Aug., p. 285.



sia y de la religion, los intereses de la justicia y del bien público; por último, los notarios encargados de escribir y despacharlo todo. Considerando estos nombramientos demasiado importantes para el buen gobierno de su diócesis, para hacerlos sin consejo y con solas sus luces, convocó á los canónigos de la catedral, juntamente con los eclesiásticos de un mérito eminente, tomó su parecer sobre los sujetos mas aptos para cada empleo, y despues de haber oido su opinion, nombró para estas diferentes plazas á los hombres que creyó mas capaces de desempeñarlas. Les asignó luego un sueldo conveniente, prescribiéndoles fueran siempre accesibles y bondadosos con todos, sin distincion de persona, despachasen pronto los negocios, no recibiesen nunca presentes, y sobre todo, no pidiesen jamás retribucion, escepto en ciertos actos en los cuales era costumbre percibir algun derecho por los escritos de los notarios, y por el sello y la firma. Examinó además con cuidado el arancel de estos derechos, y lo rebajó al precio mas módico, conforme al decreto del concilio de Trento, hasta reducir á diez sueldos las cartas de ordenacion, por las que se pagaban antes cuarenta (1).

Antes de su elevacion al episcopado, Francisco de Sales habia aceptado todos los trabajos que se le presentaban, sin pedir ni rehusar nada; una vez Obispo, creyó que su dignidad tenia derecho á algunos privilegios; escogió para sí la parte del ministerio exterior mas repugnante, y dió orden á los sacerdotes y religiosos de la ciudad, enviaran á su confesonario, no solo á los pobres y miserables para consolarlos y socorrerlos, sino hasta las personas atacadas de alguna enfermedad contagiosa, que ofendiese la delicadeza de las miradas ó del olfato, como los cánceres y otras miserias. «Estas son mis ovejas predilectas, decia, »las quiero para mí, porque estando ordinariamente mas »abandonadas, mas desprovistas de la instruccion y de los »consuelos tan necesarios á su estado, es mi deber cono-

(1) De Cambis, t. I, p. 443.

»cerlas, y proveer á todas sus necesidades espirituales y »temporales.» (1) Así lo hacia en efecto, con tanta gracia y buena voluntad, que bien podia considerársele el verdadero padre de todos estos desgraciados.

No menos vigilante por las necesidades de los pobres vergonzantes, de las personas afligidas, y de aquellas á quienes su aspecto ordinario esponia á ser desechadas, recomendaba siempre que se las enviaran (2), y sus criados tenian orden, no solo de acogerlas con dulzura, sino de enviárselas á él. Un dia que entraba en el cuarto donde se examinaba á los ordenandos, vió por la ventana á uno de sus criados que despedia á una pobre mujer que queria hablarle; bajó al punto, fué á buscar á aquella desgraciada, escuchó las quejas que tenia contra un caballero que la perseguia, la consoló, le prometió su socorro, y pocos dias despues la buena obra estaba hecha: habia visto al caballero, y le habia obligado á dejar en paz á aquella persona (3).

Tan asiduo en el púlpito como en el confesonario y en el alivio de los desgraciados, el nuevo Obispo predicaba incesantemente. Desde el dia siguiente de su llegada á Annecy, que fué el tercer domingo de Adviento, habló con un fervor apostólico de la fiesta del Nacimiento del Salvador, que estaba próxima, y de la preparacion con que debemos esperarla (4). Su rostro aparecia refulgente, como arrebatado en éstasis, y se conocia claramente que el espíritu divino dominaba en su corazon y en su lengua. En uno de estos sublimes momentos fué cuando, olvidándose de sí mismo para no pensar mas que en exaltar las divinas misericordias, contó á sus oyentes las maravillas que Dios habia obrado en él el dia de su consagracion. ¡Feliz distraccion, que reveló al mundo secretos que siempre hubiésemos ig-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 9 de enero y 28 de febrero.

(2) Dep. de Moccand y del canónigo Gard.

(3) Dep. de Daunant.

(4) La Riviere, p. 260.



norado! El cielo lo permitió para la edificación de todos; pero el santo Obispo se afligió y concibió una confusión profunda cuando, vuelto en sí, pudo reflexionar sobre las palabras que se le habían escapado (1).

Entre los asuntos de predicación que le llamaron al púlpito los meses siguientes, tuvo que tratar una materia tan delicada como importante. Según una antigua costumbre, el 14 de febrero, fiesta de San Valentín, se reunían los jóvenes de ambos sexos, y allí, después de haber escrito sus nombres con letras de oro y haberlos colocado en una urna, sorteaban sucesivamente el nombre de unos y otras. Aquellos cuyos nombres había unido la suerte, contraían entre sí, por todo el año, una unión de amistad, en virtud de la cual el joven llamaba á la joven su *Valentina* y ella á su vez le llamaba su *Valentin*. Durante este tiempo llevaba él sobre su corazón ó su brazo el billete que contenía el nombre de su *Valentina*, hacia profesión de servirla en todo, de llevarla á los bailes, reuniones y paseos, añadiendo á todas estas galanterías diversos regalos. Este abuso, fuente de mil desórdenes que reprobaban la modestia y el pudor, estaba extendido en Francia, en Inglaterra y en Escocia; pero en Annecy ofrecía la singularidad de que hasta las personas casadas tomaban parte en esta culpable práctica, lo que daba lugar á celos entre los maridos y mujeres, á muchas disputas y desórdenes, familiaridades prohibidas y libertades criminales.

Desde el mes de enero el santo Obispo se opuso con fuerza contra esta costumbre inmoral. Sus palabras no fueron al principio acogidas; así lo esperaba, pero sin desanimarse por esto, volvió á la carga los domingos siguientes. Por último, decidido á concluir con este desorden, unió á los acentos de su elocuencia la voz de la autoridad, lo prohibió por un edicto, reclamando en apoyo de su poder espiritual el socorro del brazo secular. Este acto de energía suscitó contra él una oposición violenta, que es-

(1) Carlos Aug., p. 282.

talló en murmuraciones y burlas insultantes. El hombre de Dios no se desconcertó por eso. «Dejadles hablar, respondía á los que se lo referían, somos los más fuertes, porque tenemos á Dios y á sus amigos de nuestra parte. No habrá Valentín este año, pero habrá orden, paz y buenas costumbres.» Para reemplazar el uso que quería destruir, avisó á los fieles que él mismo sacaría Valentines y Valentinas. En su consecuencia, hizo distribuir entre todas las familias papeletas con los nombres de diversos santos y santas, y luego alguna sentencia notable de la Escritura ó de los santos Padres. Se sorteaban estas papeletas, y el santo cuyo nombre se había sacado era el protector todo el año, y la máxima de la Escritura ó de los santos Padres escrita en el mismo billete, debía, durante este tiempo, servirles de regla de conducta. A esta piadosa práctica añadía otra todavía mejor, que consistía en hacer á cada hora al dar el reloj la señal de la cruz, seguida de una aspiración piadosa en honor de la pasión de Nuestro Señor, y si se había tenido la desgracia de pecar en la hora que acababa de pasar, hacer un acto de contrición por la falta cometida, con un firme propósito de velar sobre sí mismos para no volver á caer. Así sustituyó el santo apóstol un uso culpable con usos santos.

Todos los viernes de Cuaresma que siguieron á San Valentín, hizo la exhortación á la cofradía de los penitentes de la santa Cruz; y los demás días que tuvo ocasión de predicar, puso en práctica la lección del concilio de Trento, que enseña que el primer deber del Obispo es distribuir á su pueblo el pan de la divina palabra.

Entretanto padecía una fiebre continua que, según refiere la Santa Madre de Chantal (1), le duró los primeros años de su episcopado. Pero gracias á la fortaleza de alma con que el cielo le había dotado, no cesó un solo día de trabajar infatigablemente, como si hubiera estado en plena salud.

(1) Dep. de la Santa Madre Chantal, art. 31.